

La suerte entre gitanos

Author(s): Poli Délano

Source: *Hispanamérica*, Año 10, No. 28 (Apr., 1981), pp. 65-69

Published by: [Saul Sosnowski](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/20541881>

Accessed: 09-11-2015 11:00 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Saul Sosnowski is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Hispanamérica*.

<http://www.jstor.org>

Ficción

La suerte entre gitanos

POLI DELANO

Entonces después del Bar, ya bien instalados en su departamento, la anciana dijo que iba a servir unas copas y a pesar de lo cerrada que estaba la noche, yo pensé como buen gandayas que la noche estaba abierta y se me vinieron igual que en una película todas las imágenes de «mi pobre vida paria», según canta algún argentino de éstos que ahora son tantos por esta tierra. Leí en una revista que un tipo llamado Séneca escribió que «ningún hombre ha de considerarse grande si sus hijos han fallado». No sé quién pueda ser Séneca, pero me parece que le apuntó fama con su frase y hasta creo, ahora, que es justamente por eso, porque ve a las claras que soy un cero a la izquierda, que mi viejo, en estas últimas semanas, anda tan de capa caída, desvitalizado, algo así como muy triste. Pero la justa verdad es que no fue mía la culpa de lo que pasó en el trabajo. Si de pronto el jefe de la sección las emprende a gritos porque se ha perdido una libreta, por confidencial que sea..... Bueno, a qué tanto detalle: me llamó y me dijo:

—Mire, López, le voy a dar quince minutos para que la encuentre ¡Y me la encuentra!

Parecía un perro enardecido.

—La voy a buscar, señor. Pero no puedo garantizarle que la encuentre....

—¡Me la encuentra o se larga de aquí!

De modo que le sostuve la mirada y le dije que mejor me largaba de una vez, que buscara él mismo su estúpida libreta y que si la encontraba se la metiera por la ranura del culo. Qué le voy a hacer, yo soy así: a veces me enoja.

Y tampoco tuve la culpa de que Peggy me diera calabazas con tanto brío, con la soltura más grande, como si todo lo que llevábamos juntos cupiera en una cajita de cerillos que se tira sin asco al basurero. La

Chile, 1936. Ha publicado, entre otras: cuentos: *Cambio de máscara* (Premio Casa de las Américas, 1973), *Dos lagartos en una botella* (Premio Nacional de Cuento de México, 1975), *Sin morir del todo, como buen chileno*; novelas: *En este lugar sagrado*, *Cero a la izquierda*, *Cambalache*. Por aparecer: *El hombre de la máscara de cuero* (novela), *La misma esquina del mundo* (cuentos), *Piano-bar de solitarios* (cuentos). Reside en Cuernavaca, México, donde dirige un taller de escritores. Acaba de ganar el Premio Interamericano de Cuento, de la revista *Plural*.

primera cosa que me dijo cuando llegué esa noche a su casa fue que le entregara ya de una vez la llave.

—¿Pero por qué?— le pregunté, pensando que hasta podía tratarse de una broma. Esa misma mañana nos habíamos duchado juntos entre muchas risas y enjabonadas mutuas por todo el cuerpo y hasta habíamos intentado sin éxito hacer el amor resbaloso y ahogados bajo la regadera.

—Porque simplemente no quiero que tengas mi llave.

Y entonces me lanzó todo el rollo ése de que no quería presiones, de que hasta cuándo, de que ella era libre, entendiera yo, ¡libre!, que me largara, que necesitaba hacer su vida, salir con otros tipos, así dijo, conocer más mundo, que me largara, pinche Peggy, que se iba a acostar también con otros tipos, que si me creía que, la llave, la llave y de patitas en la calle. Pinche Peggy. La miré a los ojos y la encontré desencajada y pálida, ¿qué pasaba?

—¿Por qué no te acuestas?— le dije dulcemente tocándole con delicadeza las mejillas.

—¿Ya te vas?

Me pareció increíble que yo tuviera que irme para que ella se acostara. Durante los últimos tres meses era rara la noche que no habíamos pasado juntos, en general felices, plenos, como gozando mucho el uno del otro, pura caricia, mucho beso, amor a toda vela, y ahora, porque nomás, así sin previo aviso, me daba el cadenazo saltándose toda explicación.

—Sí— le dije medio irritado, pero en realidad a punto de soltar la lágrima—, -ya me voy. Ya me voy-. Y de pronto se me ocurrió pegarle una cachetada y así lo hice sin timidez, con fuerza, antes de arrojarle al cuerpo su maldita llave. Qué hacerle. Yo a veces me enojo. Soy así.

De modo que sin trabajo y también sin Peggy —los dos factores que me mantenían dentro de ciertos márgenes de orden—, a la hora en que cae la tarde, que es la hora en que también cae la «depre», las emprendo al Bar. Además, por supuesto, me entusiasma como toca el piano Javier y cómo canta, y cómo cantan el sicólogo barbón y el escritor de guiones, y hasta los gallos que se escapan a la vieja ésta y también, para qué negarlo, cuando Javier se retira a descansar su media hora, me gusta sentarme al piano y tocar alguno de esos *blues* como de los veinte que me enseñó la abuela en los años en que vivíamos en el campo. *I get the blues when it rains* y esas ondas antiguonas. Pese a que el piano es de pared, tiene una cola artificial que hace de barra para que nos sentemos alrededor de Javier, casi siempre los mismos, todas las tardes.

La otra noche la vieja ésta que canta *Catari* se sentó al lado mío. Era como segunda o tercera vez que la veía y me inspiraba una especie de mezcla entre asco y lástima su aspecto de espantapájaros con ilusiones. Debe de andar cerca de los setenta y parece algo así como una puta barata, con mucho rimel en las pestañas, exceso de colorete en las mejillas, falda corta y medias rojas de lana. Es verdaderamente asquerosa,

más o menos como la síntesis del asco. Y cómica, por supuesto. Se sentó a mi lado entonces y de pronto, entre copa y copa, le pidió a Javier que tocara *Catari* y comenzó a cantar con una voz decadente e insegura. Justo en esa parte donde dice «Cuore, cuore ingrato» y que debe cantarse más o menos como con rabia, «ingrrrraaato», se le salieron unos tres o cuatro gallos bastante deprimentes y los tipos, las parejas que ocupaban las mesas contiguas (nosotros en la barra somos solidarios) se pusieron a reír como malos de la cabeza.

Bueno, después de su número, la vieja ésta colocó una de sus manos sobre una de mis rodillas y me preguntó en un intento de dulzura si acaso me había gustado.

—Claro que sí —le dije—. La canción es de primera y usted la canta muy bonito.

Su mano —los dedos inquietos— subió hacia el muslo y yo miré a los demás habitantes de la barra como para cerciorarme de que nadie pudiera estar viendo lo que ya luego iba a pasar con esa mano.

—Se acabó tu trago —me dijo—. Pide otro, yo invito.

Le hice la seña de uno igual al mesero y sentí en ese momento que uno de los dedos de la vieja ya rozaba suavemente mi sexo endurecido. Me pregunté qué cara habría puesto Peggy, qué ojos habría abierto, al ver una cosa semejante. Javier cantaba ésa de que «seguía tus pasos tu caminar, como lobo en celo desde mi hogar» con su voz baja y ronca y su piano verdaderamente mágico. Me trajeron otro Negroni y al dar el primer sorbo me propuse no volver nunca más a pedir Negroni. Lo cargaban demasiado al vermouth y me sabía asquerosamente dulce.

—¿Vienes siempre?— preguntó la vieja.

—¿Solo?

Asentí. Dos de sus dedos presionaron.

—¿Me vas a decir que no tienes novia? ¿Un chico tan guapo?

Le dije que no tenía novia, que Peggy me había dejado, y que ya no era tan «chico», que tenía veintiseis años.....Bueno, no había pensado en que ella era realmente un bebé.

—Un bebé —me dijo extendiendo toda la palma como en un intento de medir mis dimensiones y aquilatar el grado de dureza— Un bebé guapo y durito.

Cuando Javier terminó la del «lobo» los de la barra aplaudimos y eso le dio a mi sexo un minuto de tregua para tranquilizarse un poco, hasta que empezó la siguiente, «en señal que te vas», cantada por el escritor de guiones de gran bigote y expresión melancólica. La mano de la vieja volvió a lo suyo y como yo iba ya por el cuarto Negroni, tengo que confesar que hasta me alegré. «Tu tenías el amor....y lo fuiste a entregar por ahí», decía Bigotes.

Me disparaba preguntas la anciana, una tras otra, y yo las iba barajando de manera casi mecánica, sin pensar, sin atenerme siquiera a la verdad, y me contaba cosas también, de su vida, de sus viajes, cosas que

yo apenas si oía, porque mientras me estaban haciendo arder sus dedos nerviosos, me puse salvajemente a recordar aquella primera vez en que Peggy y yo hicimos el amor sobre la alfombra de su casa, cuando acabó la fiesta y los demás se marcharon. Estábamos todos ya en el umbral para despedirnos cuando ella, como una soberana, me puso el índice en el pecho y dijo:

—¡Tú te quedas!

Los demás me miraron con envidia y yo por supuesto obedecí y al rato, pues, nos estábamos revolcando relativamente furiosos, quitándonos el uno al otro de a poco las ropas, mordiéndonos las lenguas, lamiéndonos los ojos, y luego yo bien montado sobre ella bombeando frenético durante toda una época, un viaje interminable viendo estrellas, volando entre galaxias enloquecidas, su sonrisa, el vértice del labio retorciéndose, la boca entreabierta por el goce intenso de cada suave arremetida, el jadeo discreto y elocuente, la prueba definitiva de lo eléctrico. «Tú te quedas», y me quedé, la dejé convertirse en mi dictadora, me quedé para siempre, casi para siempre, y fueron noches y noches y noches de dulce tiranía.

—¿Te gusta?— preguntó la vieja.

—Sí— le dije con una sonrisa un tanto asqueada mientras se desvanecía la imagen blanca y tersa de Peggy entre el ardor que me sacaban esos dedos flacos, huesudos, el último Negroni y Bigotes diciendo «y si quieres que hablemos de amor..... vamos a quedarnos callados».....

—¿Mucho?

—Bastante.

Me dio un pellizconcito y pensé en que de todo lo que me acababa de hablar y de las preguntas que me había hecho, ya no recordaba nada. La conversación debiera ser como una calle de doble sentido. Si no....

—¿Me vas a acompañar a casa?

Miré la hora. No eran todavía las nueve y yo por lo general permanecía en el Bar hasta más o menos las once. Pero, total....

—¿Tan luego?

Me hizo presión y asintió resueña:

Sí, ¿no?

—Bueno —le dije—, vamos, y llamé al mesero para pedir la cuenta.

—Voy a servir unas copas— dijo Ruth, la vieja ésta, abrazándome la cintura y mirando risueña hacia arriba, hacia mi cara. Me pregunté qué estaría expresando mi cara, porque hacía ya tiempo, desde lo de Peggy, que había perdido por completo la sonrisa, qué suerte de indiferencia, de desinterés, ni siquiera de asco, estaría expresando—. Voy a servir unas copas —repitió soltando mi cintura, llevando sus dos manos a esa parte de mi cuerpo que tanto parecía entusiasmarla y bajando el zíper de mi pantalón. La miré y en su expresión advertí, además de lujuria, un matiz de desconcierto. Estuve a punto de lanzar un grito, de decir qué

asco, de regar de vómitos la alfombra, cuando recordé por otra vez que Peggy de veras no quería saber nada de mí, me colgaba el fono, no me abría su puerta, y entonces, así como desde el desamparo, le sonreí a la vieja, le tomé su cabeza de mechas teñidas y le di en la boca un beso que le hizo bailar los ojos. Eramos lo mismo, ella y yo, basuras tiradas a su suerte, una pareja de parias sin destino, y pensé dejémonos de morales, pasémonos las morales por la raja, total, ¿quién mide?, apenas Dios, que ya me va pareciendo poca cosa, como medio pendejo, algo así como un gran dictador sin ejército, que sólo gesticula, sin poder, porque las computadoras son ya mucho más precisas, son seguras, y se me vino otra vez mi padre y las frases esas de las revistas, eso de que si los hijos no están satisfechos la vida de ellos toma un resabio amargo, por muchos éxitos, etcétera, y me dolió bastante hondo no tener trabajo y me dolió como los diablos no tener a Peggy, y entonces miré a la vieja a los ojos, volví a darle un beso de los largos y me dije: total, para qué verse la suerte entre gitanos.

—Bueno —hasta creo que sonreí—, ve ya por esos tragos.

zona franca

Director: Juan Liscano. **Jefe de redacción:** Julio E. Miranda. **Coordinador bibliográfico:** Oscar Rodríguez Ortiz. **Gerente:** Milagros González (C.N.P. N° 627). **Diseño gráfico:** Carlos Tosco. **Asesor en EEUU:** Alejandro Oliveros.

Dirección: Residencia El Recreo, Apartamento 1-C, Calle El Recreo con Avenida Venezuela, Caracas, Telf. 71.40.70. **Dirección postal:** Apartado 76978, El Marqués, Caracas. **Suscripción anual:** Venezuela: Bs. 30 (seis números), Exterior: US\$ 7,50 (seis números). **Precio del ejemplar:** Bs. 5.